

tregan á cualquiera en manos de sus enemigos, con tal que les toque un pelo, una uña ú otra bagatela: al mismo que les hace bien y se fía de ellos, lo abordan y empujan con gusto á su ruina y precipio: en una palabra, dejan morir, el marido á la mujer y el padre al hijo, por no pararse de su asiento á socorrerlos en el peligro.

COSTUMBRES.

La soledad se ve como un gran mal y así es costumbre vivir muchos juntos.

Ninguno se dedica á la labranza, al comercio ni á las artes, y el ejercicio de que todos pasan, es el combate de unos con otros y el recíproco pillaje; de suerte que si cada día no arribaran nuevos habitantes, ya se hubiera despoblado el país. El ajuar de las casas se reduce á mesa y asientos, la comida y la cena no tienen hora fija, como ni el sueño y la vigilia, trocándose á cada paso el día en noche y la noche en día. No

se cuida mucho del sazón y calidad de los alimentos, porque se engullen de prisa y sin tomarles gusto: en lo único en que lo tienen es en beber sangre de sus iguales. Por costumbre antiquísima y muy puesta en razón, si se navega, ha de ser sin velas ni remos, y si se camina por tierra, deben ir vendados los ojos, dejando el éxito al acaso; pero casi todos excusándose los unos á los otros, se destapan los ojos y navegan con todos sus necesarios. A los que así lo practican llaman en la lengua del país fulleros, nombre de que todos huyen, aunque no de su significado.

Allí todos son iguales, sin que haya empleos ni dignidades que distingan á unos de otros. No se respetan las canas ni prenda alguna, á excepción de la nobleza que se atiende mucho; pero no se adquiere por nacimiento, siendo noble el hijo del plebeyo y al contrario; ni tampoco es cualidad inherente al sujeto, sino que se carga en el bolsillo y no es otra cosa que unos enterillos redon-

dos y delgados, blancos unos y otros amarillos, que son los mejores. Si éstos faltan, se acaba la nobleza y por lo mismo los que ayer eran nobles, hoy son plebeyos y al contrario, pasando todos á cada instante por esta alternativa de estados. Pero al que ya no tiene proporción de restaurar la nobleza perdida, lo desprecian y lo arrojan con la mayor inhumanidad de sus asambleas.

En este país nadie tiene honor; no obstante todos se jactan de él, haciéndolo consistir en bagatelas y frioleras, como en no levantarse de su asiento antes que los demás, no guardar, sino tener á la vista de todo el mundo su caudal: franquear á otro su nobleza, diciéndole se la tenga cuanto quiera, aunque al día siguiente se le escriba un papel pidiéndosela: no pelear en un encuentro con menor actividad que en el anterior, como con dagas ó trabucos, después de haber peleado con espadas ó fusiles, y que los llamen buenos tahures, que es lo mismo que si entre nosotros se glo-

riara alguno de que dijeran de él, era buen deshonorado ó buen malhechor. En la nueva capital se han abolido muchas de estas especies.

MODO DE MANTENER LA POBLACION.

Como allí son muy raras las mujeres, no bastan para la procreación y así es preciso vengan de fuera los pobladores. En efecto, sin que nadie los traiga vienen muchos de todos estados y calidades. Unos se entran por tierra por el país de la *Eutropelia* ó por el de la *Ociosidad*, y otros por el mar, que es lo más corriente. El principal puerto de aquella costa es *Codicia*, que tiene un famoso arsenal, en donde se fabrican muchos navíos, que allí llaman *Deseos*, y el viento con que se arriba al puerto seguramente y que siempre sopla en aquellos mares, se nombra *Esperanza*.

Además de los que vienen por sí, los que ya están radicados en el país, salen continuamente á traer gente, que embaucan, valiéndose de mil ar-

dides y convidándolos á que vayan á dar un paseo y se vuelvan luego: cuya esperanza, con la de enriquecer, que se les promete, y sobre todo el contemporizar y complacer, los hace emprender el viaje. Una vez entrados en el país, como han pasado el río *Leteo*, se olvidan de los motivos por que resistían ir á él y un trago que se les da inmediatamente de la bebida *Ganancia*, que no puede negarse es comparable con la *Ambrosía*, los deja aficionados. Dentro de poco, como el temperamento los transforma, aunque sean de diferentes naciones y de diversos modos de pensar, todos quedan unos y aun los mismos que resistían ir, salen después á traer á otros, volviéndose panegiristas los que antes abominaban el país. ¡Qué raros son los que habiendo vivido en él, se vuelven á nuestro continente!

RELIGION.

No reina en el país otra religión que la pagana y aunque Baco, Cupido, Momo y otros innumerables tienen bastante adoración, la principal deidad es la Fortuna. A ella se tributan los más rendidos cultos; pero al que no salen bien sus ideas, no tiene embarazo en maldecirla. Son tan supersticiosos los jugadores, que para conciliarse ó conservar el favor de su dios, se valen de las fruslerías más inconexas, como quitarse ó ponerse el gorro, tirar la capa, pararse si estaban sentados ó sentarse si estaban parados, quedarse con un pie levantado ó sobre un codo ó en la postura más incómoda en que los halló la buena suerte, y jamás juzgan que los protege á ellos la Divinidad, atribuyendo sus favores al asiento, al lugar, á la persona que tienen al lado ó á lo que se les pone en la cabeza. No tienen á su Dios por agente libre y así, si observan que obró de éste ó del otro modo, esperan forzosamente lo mismo en lo sucesivo.

CIENCIAS.

Allí no florece ninguna de las ciencias que entre nosotros, y es lo primero que olvidan sus profesores cuando entran en el país. Todo el estudio se reduce á industriarse y perfeccionarse en su ejercicio, cuyas lecciones se aprenden de voz viva y reciben su último complemento por la práctica. Corren, no obstante, entre ellos, algunos impresos, como las obras de Cecina-Rica, unos cuadernos de explicación de varios juegos y un tomito sobre la Malilla, dedicado á las ánimas benditas del Purgatorio. Los sabios que dejaron más nombre y se mientan á cada paso, son un tal Canalejas y un cierto Birján, de los que con todo eso nadie sabe quiénes ni de dónde fueron.

ARMAS.

Las armas se hacen allí de marfil, hueso, palo y de todas materias. Las que se usan mucho en el día, en la mayor parte del país, son de papel; pero

tan fuertes, que ni el ariete de los antiguos ni los cañones de los modernos son tan poderosos como ellas para derribar y arruinar en breve una ó muchas casas. Cada arma de éstas consta de cuarenta piezas y algunas de cuarenta y ocho, que se distinguen por los símbolos que van estampados en ellas, alusivos á las cosas más fuertes y poderosas entre los hombres. En unas están grabados unos troncos bastos y sin pulir; en otras unos sables ó espadas; en otras los vasos, jarras ó copas para denotar la fuerza de los licores espirituosos y en otras unas monedas de oro, para significar el poder del dinero, á quien todo obedece. Las que llevan un mismo símbolo, se distinguen por la multiplicación de éste; pues en una pieza se pone uno solo, en otra dos y así sucesivamente hasta siete ó nueve. Las que van señaladas con la figura humana ó es con la de la mujer que tanto arrastra al hombre, ó si es de varón, lleva las insignias reales significativas del poder ó bien se repre-

senta caballero en un valiente bruto, para denotar la fortaleza. Los naturales del país llaman á estas armas *Barajas*.

GOBIERNO.

El gobierno es democrático, pues reside el poder en todo el pueblo, quien establece las leyes por que se rigen. Estos no tienen más razón ni apoyo que el antojo ó capricho de la mayor parte de los vecinos, porque no se ha admitido jamás el Derecho Natural ni de Gentes, pues pelean los hermanos contra los hermanos y los hijos contra los padres, y éstos no cuidan de la educación y alimentos de aquellos; en una palabra, si se admitiera semejante Derecho, era necesario abolir todas las costumbres y demoler las ciudades y los pueblos. Las leyes se observan allí con el mayor rigor, atendiendo más á su letra que á su espíritu: la judicatura no es honorífica: los juicios son verbales y sumarios, y los jueces son los ínfimos del pueblo, que ellos llaman Mirones.

ENEMIGOS.

Los enemigos del estado son todos los monarcas del mundo, sin exceptuar á los Pontífices, las repúblicas y los concilios, los oradores, poetas, filósofos, juristas y teólogos de todas las naciones, los que mantienen una guerra continua contra el país, sin haberlo podido destruir. Él subsiste y se aumenta cada día su población á pesar de tantas fuerzas unidas. Muchos lo atribuyen á que algunos de los que gobiernan las armas contrarias son negligentes en hacer la guerra á los habitantes ó que son de su facción y están de acuerdo con ellos. Pero aunque esta causa influya mucho, la principal es la errada opinión que se tiene de la bondad del país, la que anima á innumerables á irse á establecer en él, y sobre todo que los más se entran por las tierras de la Eutropelia y la Ociosidad, puertas francas á todo el mundo, é insensiblemente se van colocando hasta la provincia Azar. Por eso un italiano,

llamado Costantini, juzgó que no sólo á ella, sino á todo el país se debía hacer la guerra. A mí me parece, según el aspecto que han tomado las cosas, era conveniente se usara de armas más fuertes que las que hasta aquí.

IDIOMA.

La lengua del país es un dialecto de los nuestros, sin más diferencia en la mayor parte, que dar otros significados á las voces. Cada ciudad tiene su idioma y frasismo particular, de que no es fácil dar una noción completa; pero se formará alguna idea por unas cuantas voces que he oído á los viajeros. Para explicar que uno empobrece, dicen que se le *arranca*; al equivocarse, llaman *perder alegre*: al matar, *fallar*: al quebrantar la ley, *renunciar*: á la fascinación ó maldado, *ojo de pato*: al que sigue el dictamen ajeno, *orejero*: á las casas, *garitos ó tablajes*, y algunos, *tules*: á lo gracioso ó sin precio, *de va*: al desgraciado, *salado*: al principal, *puntero*:

al hurto y la trampa, *habilidad y destreza*: á las dádivas y regalos, *baratos*, y en la capital, *micos*: al jugar, *echarla*: al cajero, *gurupié*: al que sirve, *banco*, y así otras muchas de que se podría formar un diccionario abultado.

DE LA CAPITAL.

La ciudad *Monte* está situada en el declive de un cerro y vista de lejos y sin examinarla bien, ofrece las mayores ventajas y comodidades para pasar la vida: razón porque los más abandonan las otras poblaciones, para establecerse en ella. Allí reina la libertad, nadie depende de otro, cada uno sigue sus dictámenes; no se tiene á deshonra (como en las demás ciudades) el ausentarse cuando se quiera ni el pelear en un encuentro con menos actividad que en el anterior, y parece lo más fácil del mundo enriquecer en breve con poco principal. Allí no combaten unos con otros, como en el resto del país, sino todos

contra el Señor de la ciudad, á quien (porque les mantenga la guerra) tributan la mitad ó la cuarta parte de los primeros despojos del pillaje ó de aquellos que se encuentran luego á las puertas de un pueblo entregado al botín ó saqueo. Las calles y las plazas están llenas siempre de gente; pero no se oye ruido ni algazara, porque se guarda mucha moderación y silencio, y da de comer á todos el Señor de la ciudad. Finalmente se observa mucho orden en la lucha, alternándose todos á tomar la espada, que uno sólo maneja, aunque se pongan muchos á su lado, y que no larga hasta que no yerra un golpe ó estocada, en cuyo caso la toma el siguiente.

Pero todas estas ventajas son aparentes, el que en realidad disfruta muchas es el Señor, de quien son víctimas los infelices ciudadanos. Porque, como todo el anhelo es subir y el piso es resbaladizo, á cada paso caen y se despeñan, aunque mil veces emprendan de nuevo la subida, lo que no es tan fácil suceda al Señor, que

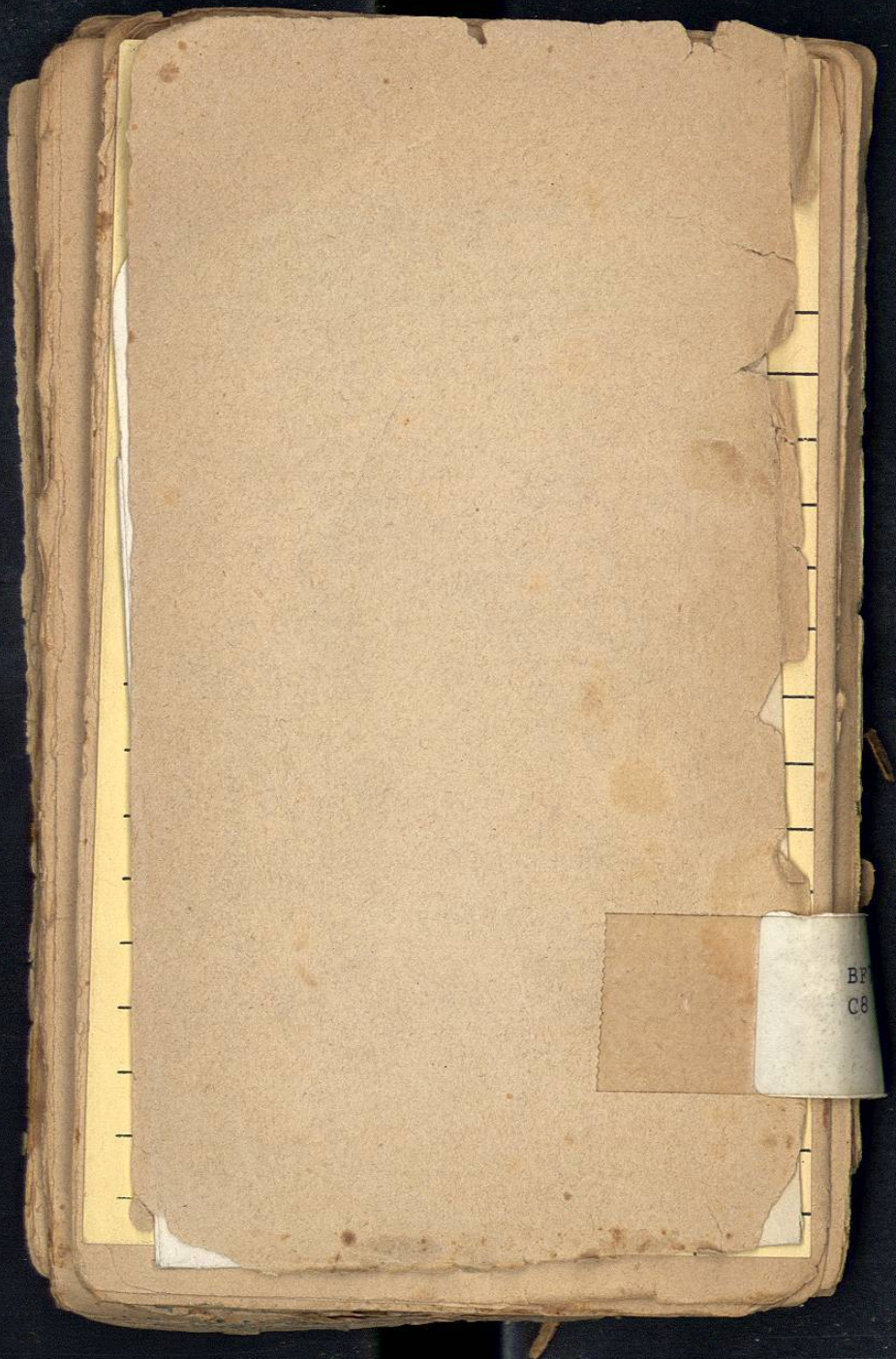
ocupa el lugar eminente y ventajoso. En una de estas caídas quedan por último destruidos, porque el cerro que sirve de suelo á la población, está situado hacia el Poniente en los últimos términos de Azar, de lo que es muy consiguiente vengan á dar al país confinante de la Ruina.

La libertad é independencia, lejos de aprovechar, daña, porque se anda con los ojos vendados y sin conocer el terreno que se pisa; del mismo modo que sería perjudicial á los niños, faltos de advertencia, el dejarlos á su arbitrio travesear y correr por una azotea. El seguir cada uno su dictamen (supuesta la falibilidad humana y su propensión á errarlo todo), es también dañoso y hace que sólo en la apariencia peleen los vecinos con el Señor y en la realidad unos con otros; pues jamás se pueden ajustar y convenir los modos de pensar; porque hay en ellos más diversidad que en las caras, de las que no se hallan dos perfectamente semejantes. De aquí nace que al fin unos con otros se destruyan y

el Señor quede hecho dueño de los despojos de todos. Por estas razones, en vez de tributarle los ciudadanos, debería él pagarles porque se estableciesen en sus posesiones.

Las expresadas ventajas, aunque hacen que el Señor se conserve más que cualquiera vecino, no lo ponen á salvo del precipicio, que también suele experimentar; siendo su caída tanto más sensible, cuanto es de mayor altura. De suerte que cuantos viven aquel vasto continente, y sobre todo los cortesanos, van indispensablemente á dar al de la Ruina, de donde jamás vuelven. Huíd, pues, mortales de tan peligroso país; pero en especial de su maldita Capital.

FIN.



BF
C8